

EL CUENTO DE LA MONTAÑA DE CRISTAL

Sobre una alta montaña de cristal había un castillo de oro. Frente a él crecía un manzano cuyos frutos eran de oro también. Y sólo quien cortara una de sus pomos podría entrar en el castillo.

En una sala con paredes de plata estaba escondida una bella princesa encantada. Poseía tesoros sin fin: escondrijos llenos de piedras preciosas y en los salones del castillo arcas rebosantes de monedas de oro.

En vano muchos galanes caballeros, jinetes en briosos corceles, intentarían subir a la montaña. Llegaban hasta su ladera y en ella caían. Algunos se quebraban los brazos o las piernas al caer. Otros perdían la vida. Tristemente la bella princesa veía desde su ventana de oro las inútiles tentativas. Contemplarla daba a los caballeros nuevo valor. Venían de los cuatro extremos del mundo. Y ya hacía siete años que la princesa esperaba, en vano, a su libertador.

Muchos caballeros y corceles yacían en torno a la montaña de cristal. Muchos heridos, con los huesos rotos, agonizaban quejándose. Era el flanco de la montaña tan triste como un cementerio.

Cuando faltaban tres días para que se cumplieran los siete años, se presentó al pie de la montaña de cristal un caballero con brillante armadura de oro. Al galope de su caballo subió hasta la mitad de la ladera y bajó después sin que le pasara nada, dejando maravillados a cuantos le veían. Al día siguiente, al salir el sol, volvió a galopar con su caballo y subió de nuevo la resbaladiza pendiente con tanta facilidad como si en vez de cristal fuera de tierra. Los cascos

del caballo hacían saltar chispas como diamantes. Con asombro le miraban los otros caballeros vencidos: ya está arriba; le miran otra vez, y ya está bajo el manzano. Pero de pronto un águila, que era la guardiana del árbol y del castillo, sacude sus grandes alas y golpea con ellas los ojos del caballo. El corcel se espanta; el miedo hincha sus narices, se le erizan las crines, se encabrita, resbala y cae rodando por la montaña, arrastrando al jinete, dejando huellas sangrientas en el cristal.

Del caballero y del corcel quedó sólo un montoncito de huesos que resonaban dentro de la armadura de oro.

La víspera de que se cumplieran los siete años llegó al pie de la montaña de cristal un joven estudiante. Era fuerte, alto y hermoso. Hacía un año, en su casa, oyó hablar de la princesa encerrada en el castillo de oro sobre la montaña de cristal. Decidido a libertarla fuése al bosque, mató a un lince y le cortó sus zarpas. Cuando llegó a la montaña de cristal y vio a tantos caballeros que caían y se herían o se mataban intentando subir, púsose en las manos y en los pies las largas uñas del lince y comenzó a subir sin miedo.

A mitad del camino se sintió muy cansado: la sed abrasaba sus labios y respiraba con fatiga. Pasó una nube negra y le rogó que siquiera le diese una gota de agua para refrescar su boca. Pero la nube negra se disipó y ni con una sola gota de agua humedeció los labios del muchacho, ya reseco cual pergamino. Sus pies estaban ensangrentados y sólo se detenía en la pendiente con las manos. El sol se ponía. El estudiante miró hacia la cima de la montaña de cristal para ver la distancia que aún le quedaba por subir; pero

tuvo que levantar la cabeza tanto que su sombrero se le cayó. Miró hacia abajo: su muerte le pareció segura si caía, tan grande era el abismo. Sentía el olor de los cadáveres de los jóvenes, audaces como él, que le precedieran y murieran en la empresa.

Cuando vino la noche, las estrellas alumbraron un poco la montaña de cristal. El muchacho estaba clavado en ella con sus manos ensangrentadas. Sin poder subir más, agotadas sus fuerzas, no sabía qué hacer y sólo esperaba la muerte. Pero el sueño cerró sus ojos, y olvidado del peligro, se durmió. Como sus uñas estaban hincadas en el cristal, durmió hasta la media noche sin caer de la montaña.

El águila que cuidaba el manzano de oro, velaba por las noches en torno a la montaña de cristal. Apenas salió la luna voló del manzano, subió al cielo y vio al muchacho dormido. Creyéndolo un cadáver fresco bajó para comerlo. Pero ya el muchacho había despertado y viendo al águila resolvió servirse de ella para salir de la montaña. El águila clavó sus garras en la carne del muchacho, pero él soportó el dolor y asió las patas del ave, la cual, muy asustada, lo levantó en alto y comenzó a dar vueltas al rededor de una torre del castillo.

Asido a las patas del águila con toda su fuerza, el estudiante miraba el castillo que brillaba a la luz de la luna, las altas ventanas con vitrales de mil colores y la bella princesa que soñaba asomada al balcón de oro.

En una de las vueltas que daba el águila, al pasar rozando sobre el manzano, el muchacho desenvainó su puñal y cortó las patas del águila. El ave voló más alto, graznando de dolor y desapareció en las nubes, y el muchacho cayó en las ramas del manzano. Enton-

ces se arrancó del cuerpo las garras del águila, puso una manzana de oro sobre sus heridas y las curó al instante. Llenó después sus bolsillos con manzanas de oro y sin temor se dirigió al castillo.

En la puerta se le apareció un enorme dragón, pero él le arrojó una de las manzanas y en seguida desapareció el monstruo y se abrió la gran puerta. El muchacho contempló el vasto patio del castillo, lleno de flores, con una escalera por donde descendía la princesa seguida de su corte. Al ver entrar al joven la princesa corrió hacia él y le saludó como a su señor y esposo.

La princesa le colmó de riquezas y de honores y se casaron. Pero el estudiante nunca volvió a la tierra. Sólo el águila, guardián del castillo y de la princesa, le hubiera podido bajar a la tierra con sus tesoros. Pero el águila murió cuando el estudiante le cortó las patas y su cuerpo fue encontrado después en la selva, cerca de la montaña de cristal.

Una vez que la princesa y el estudiante, vuelto príncipe, paseaban por el jardín del castillo, advirtieron una gran multitud de gente al pie de la montaña de cristal. El príncipe se sorprendió y mandó a una golondrina que le servía de emisario, fuere a ver lo que abajo pasaba.

Cuando el pájaro regresó, dijo:

—Príncipe y señor: la sangre que perdió el águila ha hecho resucitar a los audaces caballeros que murieron en su intento de subir a la montaña. Hoy se levantan como después de un largo sueño y montan en sus caballos. Y el pueblo mira asombrado el prodigio.

Así acaba el cuento de la montaña de cristal.